EL MARQUES DE LOMBAY.

1.°—INTRODUCCION.

Vivia hàcia mediados del siglo XVI en la corte de nuestra España, que lo era entonces Toledo, un caballero de tan principales prendas que, con ser aquella metrópoli cabeza del imperio mas vasto que han conocido los hombres, y estar enseñoreada por un rey quizà el mas poderoso que ha ocupado trono alguno en la tierra, con todo eso, no solo se grangeaba el aprecio de los suyos, sino que era mirado por los estraños como uno de los mejores ornamentos de nuestra nobleza, entonces galana, rica y prepotente.

Tan elevada era su cuna, que contaba entre sus mas próximos ascendientes reyes y sumos pontífices, y que el monarca le llamaba no solo con cortesía, sino con placer primo y condiscípulo, porque era su comun abuelo el rey católico, y ambos habian aprendido juntos las matemàticas; pero con todo eso, ni se jactaba de su ilustre prosápia, ni era su alcurnia lo que mas recomendaba su persona; rayaba apenas en los 29 años y una presencia gallarda y magestuosa, un continente dulce, un aire gentil, eran dotes esteriores que realzaban mas los muchos que adornaban su entendimiento y su corazon; valeroso sin arrogancia, discreto sin vanagloria, y tan francamente piadoso, que á veces era objeto de risa entre sus colegas.

Una sola pasion pudo deslizarse en su pecho entre el ascetismo religioso y el respeto cortesano, una sola, aquella que penetra igualmente en el palacio del monarca que en la celda del anacoreta. El amor, y aun este entró tan de callado y con tan honestas formas en el pecho del marques, que ni él mismo pudo apercibirse á combatirlo. Empero como los espíritus elevados no pueden dirigir sus miras sino à objetos elevados tambien, he aqui que nuestro héroe puso sin advertirlo las suyas en la mas cumplida dama de toda la corte, en la propia reina.

Tenia lugar de contemplarla à menudo porque des-

empeñaba uno de los principales empleos de su servicio, y ni la veia ni la hablaba vez alguna que no ponderase en su interior la virtud y el talento de su señora. «Es la mas cristiana de todas las reinas,» decia para sí, y cuando su lengua repetia *es la mas cristiana*, su corazon entendia *es la mas hermosa*. Algunas veces á pesar de que no era inclinado á la adulacion, ponderaba tanto á su ama el respeto y la gratitud que la profesaba, que otra menos honesta y pura que la reina, hubiera entendido por amor lo que su caballerizo llamaba agradecimiento.

En alguna ocasion se lamentaba de que la suerte hubiese colocado tan alta á la bella *Isabel*, que solo la corona de un emperador hubiese sido precio conveniente de su mano, y en otras aun le parecia la diadema corto premio á la virtud de su dueño, y deseaba que la distancia que los separaba fuese todavia mayor, para que su afecto, que él llamaba siempre respeto, se asemejase mas á una purísima adoracion, colocado ya el ídolo en una altura inaccesible para el adorador.

II.—La caza.

Rebosaba á la sazon en júbilo y cortesanos festines la capital de los dos mundos, porque el emperador habia convocado á ella las Córtes del reino: torneos y justas, y banquetes y fuegos artificiales, celebraban aquel acontecimiento, y la corte, que aventajaba entonces á todas en poder, parece que las queria tambien esceder en lujo y en placeres.

Uno de los que mas agradaban á la emperatriz Isabel era la montería, y por eso las batidas se repetian á menudo. En una de ellas, que tuvo lugar en una de las últimas y mas bellas semanas de abril de 1539, se quedaron un breve espacio solos, y perdidos entre un bosque de nogales, S. M. y el marqués, que como ballestero mayor, no la desamparaba un momento. Cabalgaba este el mismo alazan con que el dia antes habia vencido en el torneo, y llevaba una rosa filigranada delicadamente en Salamanca del primer oro que Hernan-Cortés habia enviado de la conquista de Nueva-España; objeto raro y precioso que habia servido de galardon al vencedor del palenque, y que, tenia para el marqués doble valor por haberlo colocado en su pecho la mano delicada de su señora diciéndole: «que sea para vos de tanta honra como vos lo sois para España.»

Viendo Isabel que su primer caballerizo no habia aun disparado una sola vez la ballesta que llevaba en la mano, se volvió á él, y con gentil donaire le dijo: «Estrañame mucho, *Lombay*, que siendo vos tan valeroso como lo acredita esa rosa que llevais al pecho, gusteis mas de la caza de alcones que de la montería. —Me place, señora, en la cetrería, admirar el poder del hombre que consigue hacer sus esclavas las criaturas que Dios hizo libres, y sujetar á su voz las aves del cielo.—Y aun con todo ese poder, amigo mio, que se estiende á amaestrar, y encadenar á cuanto vive alrededor de nosotros, y aun á aquellos seres que se levantan hasta el firmamento, la pobre razon humana ni alcanza jamás á estudiarse á sí propia, ni á dominar el corazon que late dentro de nuestro pecho.—Esas meditaciones son las que mas gozo me dan, señora, porque, como bien sabe V. M. soy como cristiano, un tanto inclinado á la contemplacion, y como músico no poco afecto á la poesía; y muchas veces allá en mis correrías, comparo las aves sencillas é indiscretas con nuestros deseos, porque vagan como ellos libres é independientes, y como ellos independientes se remontan tal vez donde los esperan los alcones, que son semejantes á las pasiones del alma, que luego esclavizan las voluntades y dan tormento y muerte á nuestro alvedrío; pero permitidme, señora, que yo á mi vez estrañe que un corazon tierno y sencillo como el de V. M., guste del ejercicio en que ahora nos ocupamos, y pueda sin remordimiento dar la muerte á pobres bestiezuelas que ningun mal la han causado.—Y decidme, marques, vos que habeis militado con valor en Italia, vos que luego en Francia en la toma de Frexus, vengasteis valerosamente la muerte de vuestro amigo Garcilaso, que espiró en vuestros brazos, ¿Qué os parece mas difícil, odiar á un enemigo que jamás hemos visto con amor, ó dejar de amar indiscretamente á quien tratamos de continuo con estimacion.....?

El marqués calló, cruzó los brazos sobre el pecho mas para buscar el modo de no entender aquella pregunta, que para comprender lo que veia claro en ella. La emperatriz le dijo poco despues.—Decidme, mi contemplativo caballerizo, si os sucediera como á un montero de una de mis parientas las princesas de Ungría, que disparando inadvertidamente su ballesta, en vez de atravesar una cierva, dió muerte á su señora, ¿qué hariais vos?—Antes me ha reconvenido V. M. porque no he descargado la mia, y ya veis que seria indiscreto en mí, pensar en el remedio de males que de todo punto procuro evitar.—Pero suponed que así no fuese, decidme ¿qué partido tomariais?—Señora soy demasiado temeroso de Dios para precipitarme en un abismo como aquel hizo, pero soy tambien demasiado amante de mi reina, para no hacer que caycse la cuchilla del verdugo sobre mi cabeza. Pero si V. M. me lo permitiera, yo me atreveria á dirigirla la misma pregunta.—Lombay, yo fio en mi acierto, lo que vos en vuestra prudencia; jamás (estoy segura por muy repetidas esperiencias), jamás mis tiros hieren donde no se han dirigido mis miras.—¿Y si á pesar de todo, vuestro tino os hiciese traicion sin vos conocerlo? respondió precipitadamente el marqués. —En este caso la púrpura imperial no me resguardaría mas á mí que á vos los armiños ducales; creed que la justicia es como el amor, que no respetan á nadie.

El *emperador* que buscaba á su esposa, llegó en el mismo momento, y el marqués por primera vez en su vida miró á su soberano con disgusto y á su corazon con vergüenza.

III.—El oratorio.

Vueltos á la ciudad aquella noche, el mal parado caballero se retiró como siempre á su oratorio; arrodillóse segun su costumbre en un reclinatorio que habia heredado del papa Alejandro VI, y como lo usaba tambien abrió un devocionario primorosamente miniado que habian escrito para su antepasado Calisto III los monjes de Valdigna; pero su alma no se prestó esta vez á sus piadosos arrobamientos, una y otra pasaba la vista sobre las páginas del devoto libro, y no entendia sus frases: *Isabel* hallaba escrita en todas ellas, *Isabel* le repetian los oidos por todas partes, y el recinto estrecho de su aposento, y la humilde postura de su persona no bastaban á hacerle olvidar el bosque y el alazan de por la mañana.

—Qué inquietud y desasosiego es este, (se preguntaba á sí mismo) que con tal violencia hace latir mi corazon, que con tal peso abruma mi frente, que con tal fuego hace correr en las venas la inflamada sangre mia? ¿qué siglo es este que asi ha pasado sobre mi en un solo dia? ¿qué palabras eran aquellas que se escapaban esta mañana de mi boca, tan sin parte mia, en la presencia de Isabel, como sin voluntad del arcabuz se desprende la bala cuando la mecha se le acerca? Y aquellas dulcísimas y oscuras comparaciones de la reina, se dirigian á alentar mi timidez, ó á reprimir mi temeridad?..... ¡Isabel!... ¡O Dios mio! ¿Qué mágia tiene este nombre que cual un velo embaraza mi vista ?—Y como si procurara en efecto descorrerlo, pasaba violentamente la mano por su encendido rostro, y abriendo maquinalmente el libro que tenia delante por otro lugar, procuró convertir á él toda su atencion y leyó claramente:

»En mi lecho por las noches busco al que ama mi alma, le busco y no le hallo.«

»Porque cuando yo duermo, mi corazon vela, y la voz de mi amada le despierta.«

»Levántate, apresúrate, amiga mia, paloma mia, hermosa mia y ven.«

»Ven, que tu eres para mi, como la paloma del desierto para el peregrino, y como el lirio entre espinas eres tú, ¡oh reina! entre las hijas de los hombres.«

»Ven y bajaremos juntos al bosque de los nogales, allí pondrás tu izquierda bajo mi cabeza, y con la diestra me acariciarás.«

»Me pondrás como sello sobre tu corazon, porque el amor es duro como la muerte.«

»Huye amado mio, y asemèjate á la corza y á los cervatillos sobre los montes de los aromas.«

»Porque hay una pasion que es oscura é incomprensible como el infierno, y la luz de sus lámparas es luz de fuego y de llamas.«

—Dios mio ¡qué profanacion! clamó entonces el infeliz, y se arrojó para huir de aquella leyenda en el sillon que tenia detrás; ¡qué blasfemia! ¡yo dirijo à un objeto mundano las santas palabras de los libros sagrados! porque ¡ay! ¿no es una persona mortal la que está fija en mi mente? y ¿qué persona? ¡santos cielos! la esposa de mi mejor amigo, de mi protector, de mi señor, de mi rey! Huyamos, sí, huyamos para siempre de un escollo en que mi virtud puede estrellarse..... pero y esta huida no pudiera turbar la paz de mi familia? inquietar el animo de mi esposa? Sembrar sospechas en la mente del emperador? Empañar quizà el honor de la reina? Ciertamente; y por evitar un mal dudoso para mí,; ¿por qué he de causar yo daños ciertos á personas estrañas y venerables? ¿Ni qué motivos puedo yo tener para pensar lo que pienso? No hay duda, esto no es mas que un rapto de orgullo culpable. No; amor no es este, porque yo amo tiernamente á *Doña Leonor*, y jamàs he esperimentado por ella tan fuertes sensaciones, ni aun en el dia que la recibí de la mano de Isabel, y en que yo le di la mia en la capilla Real de Madrid, ¡pero ay! no hice yo aquel sacrificio, mas atento à evitar males à mi padre, que á procurarme bienes? ¿Y *qué fin pudo tener* la reina en alzar con tal empeño esa barrera nueva, y en unirme al mismo tiempo á su dama mas querida, á su confidenta mas íntima..... será que .... ¡ah! no..... Vanidad es esta, lo repito, inspirada ciertamente por el maligno espíritu á quien conviene combatir frente á frente: quedémonos pues, y en verdad, aun en el caso que fuese amor, ¿cuánto mas meritorio serà resistirlo á la presencia del objeto que lo provoca? ¿No lo he ocultado aun hasta de mi mismo? ¿pues por qué no he de poder recatarlo en adelante de Isabel? Ofreceré de contínuo á Dios costosos actos de mortificacion sin culpa alguna, porque no la hay en amar con pureza lo que todo el mundo admira; y tachar de criminal á un jóven, porque se inclina á la hermosura, sería acusar á la aguja de marear porque sigue al imán, y al eliotropo, porque va en pos del astro del dia. Y *si en esto hubiese algun mal, ¡cuàntos años* no quedan para espiarlo! ¿me los negarà à mi la divina misericordia, cuando mi tia la duquesa de Ferrara, incestuosa, adúltera y fratricida, pudo aun llorar largamente en el clàustro crímenes tan hediondos?

—»Señor, gritó entonces Doña Leonor desde fuera.—Señora que se ofrece? contestó el marques con un tono àspero que jamàs habia usado.—Daos priesa, que la vida de S. M. està en peligro.—¿que decis? acaso el emperador.... esclamó corriendo á abrir la puerta el caballero.—Os llama con premura, su augusta esposa ha sido acometida de una fiebre violenta, y apenas la dan esperanzas de vida los médicos.—¡Miserable de mí, gritó el de Lombay poniéndose ambas manos en el rostro, como si temiese que alguna señal apareciese en él de la criminal esperanza que le habia acometido en el primer instante, y partió al palacio de los condes de Fuensalida donde vivian los reyes.

IV.—*El emperador.*

—Todo ha sido inútil, mi querido Lombay, el llanto de mis vasallos no ha bastado á contener la ira de Dios que hiere à los poderosos cuando estan mas engreidos y desvariados en locos regocijos, y en el banquete del mundo coloca siempre el acibar de los dolores al lado de la miel de los placeres! Quien viera pocos dias ha á la imperial Toledo resplandeciente y engalanada como una rica-fembra en dia de bodas ¿cómo la conoceria hoy asi enlutada y huérfana.....? Bien que inútiles, me sirven sin embargo de gran consuelo las muestras de dolor de mis pueblos, y el vivo interés que han mostrado por la vida de mi esposa los cuatro dias que ha durado la enfermedad; los templos no se han visto libres de gentes, ni las calles y plazas desamparadas de numerosas rogativas de disciplinantes que con lágrimas y gemidos pedian á Dios la salud de su reina; mis grandes todos han abandonado los arneses y ricas galas que poco ha lucian, para vestirse la túnica penitente y el humilde sayal; ni es poco, primo, lo que á tí te debo si es cierto que eras tu, uno qne se distinguia entre todos por el peso enorme de la cruz que llevaba à cuestas.....Dicen que era el *que cubria con mas cuidado* su rostro con el antifaz, y bajo lo tosco de su cilicio nadie le hubiera conocido si la delicada pequeñez de sus ensangrentados y desnudos pies, no hubiera descubierto en él al caballerizo mayor de la reina, al mejor amigo del emperador....—Y ponia blandamente la mano en el hombro del silencioso marqués.—¡Ojala, Señor, que las penitencias que yo haga por la salud de los demas, alcancen à conseguir el perdon para mi...!—Vamos, Lombay, que no es cosa razonable que yo haya de distraerte y consolarte... (Hablemos de otra cosa.) Mucho te agradezco el que llevando à tu esposa contigo condesciendas en dejar á tus hijos aquí; el príncipe D. Felipe tiene particular inclinacion á D. Cárlos el mayor de ellos, y los juegos de ambos contribuirán á aliviarme algun tanto y distraerme en el monasterio de la Sisla donde pienso retirarme; ya que la etiqueta de palacio me priva en este caso de mi mayor amigo.—V. M. me llama por un dictado que no merezco.—¿Ni à quien mejor que á tí pudiera encomendar la custodia de una alhaja que he perdido para siempre, y que ya polvo volverá en breve à la tierra de que salió?—V. M. pudiera encontrar servidores mas....—Vamos, à Dios, que ya es sobrada humildad la tuya.... que lleves buen viaje.—El marqués besó entonces la mano del emperador para despedirse.—Levàntate y abrázame, mi buen condiscípulo, le dijo este, observando que estaba sobrado tiempo de rodillas.—No me alzaré, Señor, mientras V. M. no me perdone.—¿Y de qué? Marqués, contestó algo enojado el rey, y luego continuó: ea levanta que ya estás perdonado ¡estos devotos! ¿qué mas preparativos tomàras ni que mas hicieras si en vez de ir á Granada, te llamase mi servicio como á Julian de Alderete mi tesorero á las tierras de Méjico....? Un llanto *comun* y *un abrazo cariñosísimo* fue la *última* señal de la marcha.

V.—*Lombay.*

—Que mañana al amanecer, la campana de la vela en este alcazar haga la señal del regio funeral, y tres horas despues y apenas salga del Alhambra el primer gaion del entierro, los mosquetes y arcabuces hagan salva como si fuera el dia de mayor pompa; los cuatro maceros de la ciudad abran el paso con sus pértigas enlutadas, y que los añafiles y atabales que los sigan suenen roncos y destemplados; que los jurados y regidores de ella vayan de duelo y montados en caballos destrenzados y sin jaeces; cien pobres con ropones negros y cirios amarillos en las manos

vengan despues, y tras ellos cien plañideras cubiertas con mantos de velarte; los estandartes y guiones sean los mejores y mas ricos, aunque tambien negros, y las cruces de plata con lazos de aquel color; los frailes no lleven la capucha alzada ni las velas ardiendo, y los clérigos traigan sus sobrepellices no rizadas; los prestes celebren y vayan aquel dia con ornamentos negros de velludo, y solo el arzobispo y sus diáconos con terno de brocado de oro; los canónigos lleven las capas de coro sueltas, los capuces calados y las estolas de damasco sobre el roquete; detras del R. arzobispo LA REINA mi señora sea llevada en caja cubierta de reposteros negros por seis donceles de su corte con las armas imperiales bordadas de oro, y otros seis hidalgos de la ciudad vestidos todos de gala; yo como su caballerizo mayor cabalgaré à su lado para su mejor servicio, y los monteros la guardarán ordenados alrededor y armados de punta en blanco; sírvanlas sus damas y dueñas ataviadas y prendidas como de boda; luego sigan los maestres de sala con las insignias reales de oro y piedras preciosas en azafates y cogines de duelo bien recamados y á continuacion veinte y cuatro pages descubiertos y con lazos negros en el brazo; vayan en pos à caballo los reyes de armas con sus pendones abatidos y ricas dalmáticas; los hidalgos de la ciudad vestidos de gala, los caballeros de las órdenes que en ella haya, con armaduras y hábitos, y los gentiles hombres engalanados ricamente y con banda negra al pecho, todos sobre monturas de oro y plata y con penachos negros; llevará el duelo á nombre del emperador nuestro señor, el virey de este reino, y sus caballos y otros doce bridones mas que traerán los escuderos del diestro, enjaezados todos como en un triunfo, irán desangrándose; y cerrarán la marcha los tercios y gente de armas que como dispuestos á funcion marcial y sonando las trompetas, darán guardia al real cadáver; las puertas de la ciudad y de las casas estarán cerradas; bolcadas las celosías de los miradores y silenciosas las campanas hasta que S. M. sea descubierta en la catedral, y cierto: ya todos de su muerte, podamos dar libre rienda á nuestro justo dolor.—

Tales eran las órdenes que *el marques de Lombay* daba y tales las ceremonias que al siguiente dia se practicaron en Granada. El desgraciado no podia sin embargo creer lo mismo que veia, y al hacer los preparativos fúnebres, se figuraba que aparejaba algun torneo ó montería, porque siempre tenia presente à su señora en aquel mismo trage en que pocos dias antes la habia visto por última vez, y no se la podia figurar de otro modo que con aquel ademan hermoso y risueño con que le hablaba del triste caso de su parienta de Hungria.

La comitiva salió, pues, de la Alhambra, y el marqués ricamente adornado con la mejor armadura que tenia, y con el manto de la orden de Santiago de que era comendador, sobre los hombros, creia al montar su alazan que iba à entrar en justas para ganar nuevamente la rosa de oro. Muchas veces en el espacio que media desde las puertas del alcazar hasta las de la iglesia levantó la voz al lado de la reina diciendo: *S. M. quiere se camine mas despacio*, y siempre lo hizo con igual alegria que si lo hubiera oido de la boca de la misma emperatriz. Las bellas de Granada que presenciaban curiosas la pompa funeral en las calles, admiraban la compostura y desembarazo del caballero, y los servidores de la reina que asistian llorosos à aquel acto estrañaban la serenidad de su gefe, si bien lo pàlido de su semblante y lo desencajado de sus ojos, les hacia conocer la enagenacion mental del caballerizo.

Llegó la procesion á la ciudad, y apenas hubo entrado en ella el arzobispo con toda la gente que le precedia, se cerró detras de él la puerta que hoy se llama de *las Granadas* en la calle de los Gomeles, y los reyes de armas llamaron por tres veces en el umbral con las astas de sus pendoncillos; tres veces preguntaron desde dentro quien llamaba, y otras tantas tambien gritó sereno el caballerizo: *Abrid á la reina.*

Delante ya de la iglesia metropolitana, se apeó la comitiva, y colocado que fue el féreto en la capilla mayor y abierta junto á él la sepultura al lado del enterramiento de los reyes católicos, el prelado levantó la voz y dijo por tres veces *¿dónde está S. M.? mostrádmela*,—y los gentiles hombres abrieron la puertecilla del ataud, y no pudieron resistir la fetidez; acercose entonces Lombay al sitio que ellos abandonaron; el semblante se le encendió, los ojos casi se le saltaban, y sus facciones se le inmutaron de tal suerte que dió bien à entender la sensacion que tan terrible espectáculo le causaba, y con una voz ronca y terrible como si quisiera penetrar hasta el abismo y ser oido desde la eternidad, gritó tres veces *¡señora! ¡señora! ¡señora!*—y luego rompiendo en llanto añadió con acento débil y desmayado: *La reina ha muerto.*—El arzobispo, continuando la ceremonia dijó: «Jurados de Granada sedme testigos de lo que vais á oir, y vosotros (y entonces leyó una lista de doce caballeros de la corte) juradme por la cruz en que murió Cristo Señor nuestro, que este es el real cadáver de Doña Isabel de Portugal, reina de Castilla y de Leon, emperatriz de Alemania, y esposa del magnífico, poderoso y católico rey D. Cárlos nuestro señor.»

Dudaron algun tanto los caballeros, pero luego poniendo todos menos Lombay las manos en la guarnicion de las espadas digeron—«si juramos.»—Y vos no jurais ¿señor? dijo el arzobispo acercàndose al marqués.—Id, le respondió este, à que se estienda el testimonio de lo que se ha hecho, y que mis compañeros lo firmen, mientras mis ojos se cercioran de lo que no quieren creer.—

—¡Es posible, decia cuando se quedó solo, (porque la pestilencia hizo huir à todos) que sea esta la misma, aquella Isabel antes tan cortejada, ahora tan abandonada; aquella reina tan alabada del mundo entero, ahora casi negada de los suyos! ¿Pero que mucho? ¿dónde està, donde, aquella belleza que la hacia el ornato de la corte? trocada ahora en un objeto horroroso y pestilente; aquellos ojos que con un solo movimiento esclavizaban todos los corazones, ya vidriosos y hundidos; aquella voz que mandaba desde donde nace el sol hasta donde se apaga, aqui muda,.... aquel conjunto de gracias hecho ahora monton de podredumbre y pasto de viles gusanos: ¡Juventud, magestad, talento, hermosura, poder, virtud, todo reducido à polvo mas miserable y nauseabundo que la inmundicia misma! y ¿este era el objeto de mis deseos? y en esto fundaba yo mis esperanzas seguro de una larga vida,.... ¡ay! si cuando yo razonaba tan locamente, la muerte hubiese necesitado de una víctima menos elevada! ¡quién sabe cuantas gotas caben en el vaso de nuestros delitos, y si una mas llenará su medida y la derramará sobre nuestra cabeza!.... Tal vez la hora de la eternidad ha sonado para ti, desventurada, concebido apenas el primer pensamiento criminal....!

—Volvieron entonces el arzobispo y los caballeros, y tocando aquel en el hombro al caballerizo mayor que aun permanecia insensible à la fetidez que despedia el cadaver, y tan inmóvil como si su corazon se apacentase en aquel espantoso espectàculo, le preguntó.—«¿Reconoceis por fin à vuestra ama?»—«*Sí*, (respondió el marqués, y con los ojos vueltos al cielo, poniendo la diestra sobre la cruz que llevaba al pecho, al mismo tiempo que con la siniestra dejaba caer para siempre, sobre el objeto de su amor el velo mortuorio, añadió) *«pero yo os juro que no serviré mas á dueño que se me pueda morir.»*

VI.—*Conclusion.*

Algunos años despues, en el pontificado de Clemente X se celebraba en Roma la canonizacion del *P. Francisco de Borja* primer Marqués de Lombay, cuarto Duque de Gandia, grande de España, caballerizo mayor del Emperador Cárlos V, su virey y capitan general en Cataluña y tercer prefecto general de la compañía de Jesus.

Su cuerpo yace en esta corte en la iglesia de S. Felipe de Neri.

El jóven duque de Osuna lleva su título, y es su descendiente.

R. de T.

NATACION.

El cuerpo humano cuando se halla en el estado ordinario de salud, y con el pecho henchido de aire, es mas ligero que el agua.

Si esta verdad oportuna fuese mas generalmente conocida, impediria que se ahogasen un número de personas considerable.

El cuerpo nada naturalmente con la mitad de la cabeza fuera del agua, y no tiene otra propension á hundirse que la que pudiera tener un poco de madera. Lo único que debe hacer para vivir y respirar, es dominar lo suficiente su voluntad para que la parte que permanezca fuera del agua, sea su rostro.

La mayor parte de cuantos se ahogan en casos ordinarios, es:

1.° Porque creen necesario un movimiento contínuo para no irse á fondo, lo que generalmente les conduce á estenderse como para nadar, posicion en la cual el rostro mira hácia abajo, y por lo mismo es indispensable para respirar, que toda la cabeza quede descubierta. Pero como en esta posicion no se puede permanecer sin un movimiento contínuo, no tardan en agotar sus fuerzas, por buen nadador que sea, hasta que sus inútiles esfuerzos le proporcionarán apenas alguna respiracion. El cuerpo que por un esfuerzo se eleva un momento sobre el nivel natural, se hunde en igual grado cuando cesa aquel impulso; el nadador inesperto creyendo entonces que se vá á fondo, pierde el sentido y viene á ser mas fácilmente víctima de su suerte desgraciada.

2.° Porque temiendo el agua que entra por los oidos como si entrase por la boca ó narices, agotan sin necesidad sus fuerzas para impedirlo; y el hecho es que solo puede penetrar hasta la membrana del tímpano, y ningun daño puede hacer. Al que sabe nadar ó sumergirse, le importa poco que se llenen de agua sus oidos.

3.° Porque cuando los que no saben nadar se ven en riesgo de ahogarse, se esfuerzan por lo comun para conservar las manos sobre la superficie del agua, creyendo que las tienen como atadas, si estan debajo de ella; pero esta tentativa es muy nociva, porque toda la porcion del cuerpo que entonces está fuera del agua, juntamente con el rostro que por necesidad debe de estarlo, requiere para sostenerse de este modo un esfuerzo estraordinario que no se halla en estado de hacer.

4.° Porque no se reflexiona que cuando un madero ó un cuerpo humano fluctúan en una posicion perpendicular, no conservando sino una pequeña parte sobre la superficie, en el agua agitada, como en el mar, toda ola que pasa, cubre por un momento la cabeza, pero la deja libre por intérvalos. El diestro nadador elige este momento para respirar.

5.° Porque no se conoce la importancia de tener el pecho tan lleno de aire cuanto sea posible, lo que viene á producir un efecto igual al de una vegiga llena de aire, que atada al cuello y sin mas esfuerzo, basta para conservar cuasi toda la cabeza sobre el agua. Una vez vacío el pecho, si el rostro está debajo del agua, no puede respirar; el cuerpo entonces específicamente mas pesado que el agua se vá á fondo.

METODOS MAS SENCILLOS DE NADAR.

Nadar como el pérro.

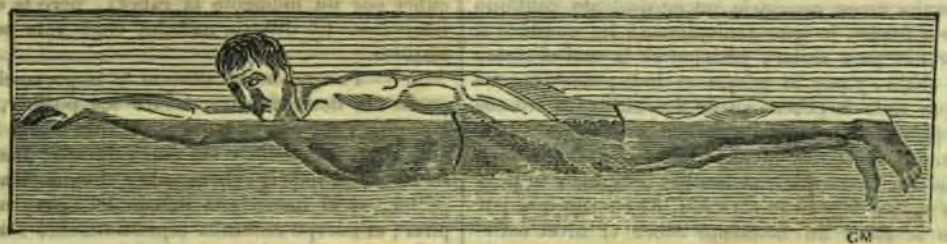
Este método de natacion es el primero que suele emplearse, sin duda porque es mas conforme á nuestros movimientos naturales. Basta imitar la accion que se ve ejecutar al perro; esto es, levantar y bajar alternativamente las manos y pies, observando siempre la regla de que las manos deben atraer el agua hácia sí, y los pies por el contrario deben repelerla. Es preciso empezar con la mano y pie derechos, luego se seguirá con la mano y pie izquierdos, y se proseguirá de este modo. Conviene apartar los dedos de la mano, y aproximarla un poco al pecho doblando el codo.

Nadar como la rana.

Para nadar como rana, los brazos deben estar doblados, las manos bien tendidas vuelta la palma hácia el fondo del agua, unidas la una á la otra, de suerte que los

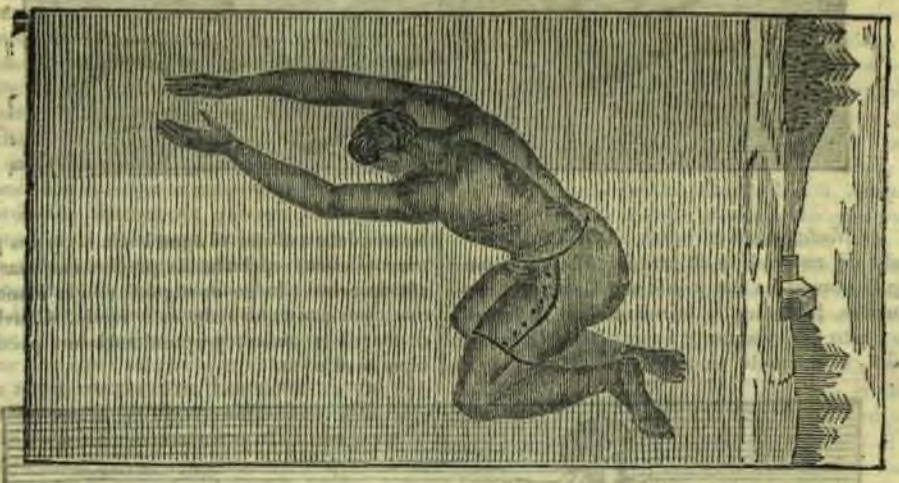
dos pulgares se toquen exactamente. Los codos deben estar al nivel de la espalda, y las manos al nivel del codo, debiendo estas ademas tocar el cuerpo de suerte que las manos formen en el esterior con sus respectivos antebrazos un ángulo entrante como de unos 140 grados. En esta posicion el nadador se estenderá sobre el vientre, cuidando de aproximar sus talones en términos que esten en contacto; retira una de otra sus rodillas todo lo mas que le sea posible y con la planta de los pies sacudirá vigorosamente el agua que esté en su direccion: no olvidando sobre todo que estos movimientos deben ser momentáneos; es decir, como si un mismo resorte impeliese á la vez manos y pies; piernas y brazos, todos estos miembros se desplegarán en el instante, las manos se adelantarán conservando siempre la altura de las espaldas, y no se separarán sino cuando los brazos se hayan estendido en toda su longitud. Este ímpetu del que todos los miembros deben haber participado habrá hecho adelantar el cuerpo en proporcion á la prontitud con que se ha ejecutado; no debe volverse á la primera posicion, esto es, á doblar los miembros ínterin dure el movimiento, aunque la causa que le produjo haya cesado. Asi que para mudar de postura debe esperarse á que haya cuasi concluido, lo que se conocerá por el aumento de peso que hará tomar mayor profundidad; entonces se colocará de nuevo en la posicion arriba espresada y ejecutará el mismo movimiento. Pero si se quiere hacer de una manera mas rápida se verificará la maniobra de este modo.

Se retirarán con lentitud las manos una de otra, cuidando de conservar los brazos bien estendidos, y cuando entre aquellas medie una distancia como de dos pies y medio se inclinarán de forma que el costado del dedo pequeño de cada una esté un poco mas elevado que el costado del pulgar; continúese entonces con mayor vigor el movimiento y se logrará avanzar. No por esto las manos habrán dejado de estar al nivel de las espaldas; pero cuando se hallen diametralmente opuestas entre sí, será necesario que la estremidad del brazo penetre mas adelante en el agua, al paso que se aumente la porcion del círculo que aquellas describen. El movimiento aqui debe ser rápido, pues solo á beneficio de la resistencia que el agua opone á las palmas de las manos es como se consigue adelantar.



El corte del agua.

Tendido el nadador sobre su vientre lanzará hácia adelante su brazo derecho estendiéndole en toda su longitud. Doblará la primera falange de los dedos á fin de dar á la mano una forma cóncava; impelerá el agua vigorosamente con la planta de los piés, y al mismo tiempo que ejecute con el brazo izquierdo el movimiento del derecho, atraerá el agua hácia sí con la mano derecha haciéndola pasar á la longitud del pecho. En seguida se adelantará el brazo derecho con velocidad, y la mano izquierda retirándose súbitamente al pecho le hará avanzar á favor de la resistencia que necesariamente opone la masa de agua que atrae, y del movimiento de los pies que se ejecutará simultáneamente. Los oidos se hallarán un momento en el agua, pero su misma posicion y el movimiento impedirán que penetre.



Nadar por debajo del agua, ó sumergirse.

Si el ejercicio de la natacion sirviese solo de recreo, y aun si solo fuese necesario para la conservacion de la salud no seria indispensable el saber nadar bajo del agua; pero como el objeto que debe principalmente proponerse es el de poder en su caso salvar la vida ó la de sus semejantes, es preciso contraer de antemano la costumbre de arrojarse al agua, de introducirse en ella con serenidad y despejo. Para aprender á sumergirse habrá de elegirse un sitio en que solo llegue el agua á las rodillas; allí se sentará el nadador y tendrá los brazos hácia otra persona que estará de pie en frente con él con las piernas separadas á fin de dejar á las de aquel, que estarán unidas, la facilidad de colocarse entre las suyas; esta misma persona tendrá asidos los puños del nadador ínterin este va inclinándose hácia atras. Cuando el agua cubra su rostro ella misma le advertirá la necesidad de cerrar los ojos mientras estan debajo para volverlos á abrir al salir al aire á fin de impedir

que las pestañas se introduzcan entre el párpado y el ojo. Esto bastará para acostumbrar á un principiante.

Para nadar entre dos aguas estando sumergido basta tomar una posicion horizontal y nadar como la rana cual si se estuviere sobre el agua.

Modo de socorrer á uno que se ahoga.

Cualquiera que sea el interés que se tome en sustraer á uno de la muerte cruel que le espera bajo del agua, guardaos bien de aproximaros de suerte que pueda asiros por los brazos, piernas ó cualquiera otra parte del cuerpo; entonces por hábil, diestro y vigoroso nadador que fueseis, sucumbiríais con él. Ocultaos sobre todo á sus miradas cuanto os sea posible. Antes de asirle examinad sus movimientos, pasad por detras y aprovechad el momento en que podais agarrarle por bajo de los sobacos, y nadando vigorosamente con los pies hacerle remontar sobre el agua y ganar la mas próxima rivera. Si os hallais seguro de que ha perdido el sentido, entonces podeis sin riesgo asirle de los cabellos y sacarle de este modo de las aguas.

RIQUEZA ESPAÑOLA.

GANADOS.

La cría de ganados, fundamento de la riqueza agraria segun los antiguos, y una de las primeras condiciones para la prosperidad de la agricultura segun los modernos, es uno de los ramos mas descuidados en nuestra nacion al paso que atendido con esmero, pudiera por sí solo elevarla á un estado prodigioso de prosperidad.

El primer elemento para su progreso es el cultivo de prados ó pastos mirado con tanta incuria por nuestros labradores, y reconocido en el estrangero como uno de los principales ramos de la riqueza pública. «Sin medios de mantener los animales de labor y los ganados, como observaba Quinto (1), no hay que esperar prosperidad en la agricultura, pues ni las tierras se podran cultivar sin aquellos, ni privadas de los abonos que estos producen, responderian á los demas cuidados del labrador.» Tan persuadidos estamos nosotros de esta verdad, que no dudaremos sostener que entretanto que nuestros labradores se obstinen en descuidar esta fuente de riquezas territoriales, mientras miren con indiferencia la cría de animales domésticos y no se determinen á imitar el ejemplo de las demas naciones, proporcionándose por medio de pastos los recursos de que necesitan para aumentarlos, nuestra agricultura será mezquina, y jamás se la podrá poner en paralelo con las demas de Europa. En vano nos habrá privilegiado la naturaleza con un clima de los mas favorables, con un suelo fértil y susceptible de toda especie de producciones, y con la abundancia de arroyos y rios que por todas partes llevan la humedad y la vida de los vegetales: todo esto será en vano y todos nuestros afanes serán perdidos si, como lo he dicho, repitiéndolo en cuantas ocasiones se me presenten, no aumentamos con el establecimiento de pastos, los medios de mantener nuestras tierras en un estado constante de fertilidad y abundancia de los sucos alimenticios de las plantas que les queramos confiar.» «No es el que ara siempre, como ha dicho el célebre Arthur Yung, el labrador mas rico, sino el que siembra pastos.» Es inútil insistir sobre este hecho: basta comparar los paises de pastos con los que se destinan al producto de granos. Faltan en estos los abonos, mientras que en aquellos se hallan en abundancia y las tierras se mejoran aumentando su fertilidad que es la base de riqueza.»

Importa pues dirigir á este objeto una especial atencion. No se puede observar sin el mayor dolor la multitud de tierras, baldíos, terrenos ribeiranos y bancarrales que tenemos enteramente abandonados, y pudiera destinarse con tantas ventajas á este cultivo. Los trabajos de nuestros botánicos y agrónomos nos han demostrado que tenemos para establecerlo una preciosa serie de vegetales. Quizá ninguna nacion poseerá, como la nuestra, sin contar la multitud de especies exóticas aclimatadas, y solo entre las que se crian espontánea y abundantemente en nuestro suelo, mas de 460 plantas propias para el pasto de los bueyes: de 582 para el de cabras; de 518 para el de ovejas; de 407 para el de caballos, y de 166 para el de cordes (2).

El sistema de la ganadería aislada, continuando entre nosotros por la mas bárbara rutina, es la segunda causa poderosa del atraso de esta industria. Su union íntima con la labranza es la mejor base para la prosperidad de entrambas. A ella debe Galicia principalmente la solidez de sus recursos, y nuestros mas ricos y prósperos labradores su rápida capitalizacion. Los excesivos privilegios concedidos á la cabaña Real y ganadería trashumante sin hacer la prosperidad de este ramo, han producido constantemente los mayores estragos en nuestra agricultura; «porque los ganaderos de oficio, como observa el Sr. de Arias, no encontrando tierra que les baste para apacentar sus ganados, atropellan las sementeras, los rastrojos, las viñas y las haciendas todas: poco satisfecha su insaciable ansia de pastos con los inmensos baldíos (que ascienden á mas de las dos terceras partes de los terrenos del Reino) destruyen los árboles, se oponen á los rompimientos é inutilizan en un todo los avances del cultivo.

Es tambien un craso error en fin pensar que sin estas tan extensas cabañas no se aseguraria nuestra provision de carnes. La Francia, la Inglaterra, la Holanda y otras muchas naciones son otros tantos ejemplares prácticos de lo contrario. La estraordinaria poblacion de esta última especialmente, con proporcion á su escaso territorio excluye necesariamente la posibilidad de este sistema; y sin embargo en el año 1806 poseia este pequeño reino 243,000 caballos; 76,000 cabezas de ganado vacuno; 1000,000 de lanar; 12,000 cabras; 489,000 cerdos; cerca de 3000,000 de aves; y un número tan prodigioso de colmenas que en el departamento del Bravante habia 20,000 (3). Al paso que en España, como observa muy bien el Sr. de Quinto, á pesar de nuestras inmensas cabañas no faltan provincias que tienen que abastecerse del estranjero; y si se exceptuan las grandes poblaciones, las capitales de provincia por ejemplo, ni se conoce la manteca, ni se encuentra leche durante todo el año, ni las carnes son otra cosa que las reses mas flacas y desfallecidas que son las que se matan de preferencia.

(1) Curso de agricultura, tom. 1, pág. 316.

ORIGEN DE LOS VEGETALES.

El Albaricoque procede de la Armenia (Asia).—El ajo de Oriente.—Las almendras de la Mauritania (Africa del norte).—El anís de Egipto.—La alcachofa de Sicilia y Andalucía.—El espárrago de Asia.—El aster ó reina Margarita de la China.—El café, de la Arabia y de las Antillas.—El cacao de Mégico.—La capuchina de Mégico y del Perú. La chirivia, de Francia.—El perifollo, de Italia.—Las cerezas del Ponto (Asia menor).—El repollo del Norte.—La castaña, de Lidia, (Asia *menor*).—La coliflor de Chi-

(2) Véase el catálogo en las lecciones de agricultura de Sr. de Arias, tom. 2, pág. 365.

(3) Quinto, curso de agricultura práctica tom. 2, pág. 284.

pre (Isla del Mediterráneo).—La lombarda y el breton, de los Romanos que les habian importado de Egipto.—El limon, de la Media (Asia).—Las calabazas, de Astracan (Rusia).—El membrillo del Asia.—El cohombro, de España.—El berro, de la isla de Creta, hoy Candia.—La escalónica de Ascalon, ciudad de Siria, (Asia).—La espinaca, del Asia menor.—La higuera, de la Mesopotamia (Asia).—El hinojo, de las islas Canarias.—El trigo, de Asia.—El clavo, de las islas Molucas.—La granada, de Asia.—La aluvia de la India (Asia).—El jazmin, de la India.—La lechuga de la isla de Cos.—El laurel, de la isla de Creta.—Las lentejas, de Francia.—La azucena de Siria.—El castaño de indias, de la India.—El melon, de Oriente ó del Africa.—El narciso, de Italia.—Los nabos, de Francia.—las avellanas, del Ponto.—La nuez, de Asia.—El clavel, de Italia.—Las cebollas, de Egipto.—Las aceitunas, de Grecia.—Las naranjas, de la India ó de Tiro (Asia).—El alvérchigo, de Persia.—El perejil, de Egipto ó de Cerdeña.—La manzana, de Normandia.—La patata, del Brasil (América).—El peral, de Francia.—La ciruela de Siria.—La uva, de Asia.—El arroz, de Etiopía (Asia).—El rábano silvestre de la China.—El trigo morisco de Asia.—El centeno, de la Siberia, (Rusia).—El sauco, de Persia.—El tabaco, de América.—El thé, de la China y del Japon.—La cotufa ó helieno, de América; y en fin el tulipan, de Capadocia (Asia).

ARTE DE LLAMAR A LAS PUERTAS EN INGLATERRA.

En Londres son muy raras las puertas cocheras, y las que hay permanecen cerradas como todas las demas. El modo de llamar á las puertas de las casas, demarca la cualidad del que se presenta. Dar un golpe menos seria degradarse, darle de mas una usurpacion, una insolencia. Un solo golpe anuncia el *lechero*, (milkman) el carbonero, un criado de la casa, un pobre; significa, *yo quisiera entrar.* Dos golpes indican el cartero, uno que lleva targetas de visita, cartas de convite, ó cualquiera otro mensaje: da á entender que tiene prisa, que trae asuntos; y significa *es preciso que yo entre.* Tres golpes anuncian el amo ó ama de la casa ó personas que la frecuentan. Dice con tono imperativo: *abrid.* Cuatro golpes bien dados, indican un sugeto de buen tono aunque inferior á la nobleza, y que llega en carruage, significa: *quiero entrar.* Los cuatro golpes repetidos dos veces en estilo verdaderamente *staccato* y seco, anuncian milord, miladi, un Nabad de Arcod, un príncipe ruso, un baron aleman, ó algun otro personage estraordinario. Es como si dijese *os hago mucho honor en venir á vuestra casa.*

Estos métodos estrepitosos de llamar, que en inglés llaman *tronar á la puerta* (doorthundering) son de una práctica universal en Londres por incómodos que á veces sean. El criado que diese un golpe menos de los pertenecientes al rango de su amo seria inmediatamente despedido. Este es un modo de *hacer ruido* como otros muchos que se usan en el mundo... En cuanto á la tranquilidad pública que se componga como pueda.

PROVERBIOS PERSAS *(poco conocidos).*

La ignorancia es un rocin que hace tropezar á cada paso á quien le monta, y pone en ridículo á quien le conduce.

El que aumenta su esperiencia aumenta su talento: quien aumenta su credulidad aumenta sus errores.

El que no enseña una profesion á su hijo, es lo mismo que si le enseñase la de ratero.

El hambre es una nube que espide una lluvia de ciencia y elocuencia; la saciedad es otra nube que solo llueve ignorancia y grosería.

Cuando el vientre esta vacío, el cuerpo se vuelve espíritu; cuando está repleto, el espíritu se vuelve cuerpo.

Temed que os teman.

Nunca os quejeis de tres hombres á la vez, que podria suceder que uno de ellos se hiciese parte, y los otros dos testigos.

AVENTURA NOCTURNA.

Las dos de la noche
marcaba un reloj.
El triste sereno
cantaba; « Las dos »
Velaba las calles
opaco vapor.
De nuevo agorera
resuena la voz
con eco punzante:
« Lloviendo y las dos. »
Caia á torrentes
el agua; un farol
en lóbrega calle
su incierto fulgor
despide; la sombra
de un bulto bañó.
Sus pasos fugaces
el sordo rumor
que el roce formaba
del brusco ropon,
la lluvia cayendo,
y aquel resplandor
que causa pavura
del triste farol,
espectros sus sombras
fantásticas son.
Un lio de cuerdas
sacára el hombron.
Blasfema.—Dos veces
un arma sonó.
Crujian los hierros,
un cuerpo ondeó
al aire. Trepaban
á oscuro balcon.
Despues una lima
rozaba; su son
tristísimo heria
con eco de horror.
Un vidrio se quiebra,
la lima paró;
rechina la aldaba;
con gozo feroz
el hombre sus dientes
tambien rechinó.
Abierto tenia
el alto balcon.
Cuando él penetraba
el viento apagó
la luz mortecina
de yerto farol
. . . . . .
. . . . . .
La pieza es tinieblas;
de pronto un fulgor
escaso aparece;
se aclara; osciló
un rayo de fuego;
temblaba el ladron.
Despues una sombra
fugaz se mostró,
fantástica, bella,
un sueño de amor.
Hácia él una jóven
se lanza veloz;
al seno le estrecha;
un ¡ay! de pavor
siguióse al abrazo;
la luz se cayó.
Votaba el bandido
bajando la voz:
« Sus brazos cadenas
me son. Voto á brios.
Pardiez la rapaza
buscó á su amador. »
Luchaba aunque en vano;
jamás consiguió
desasir sus brazos;
un nombre se oyó
decir, y un silbido.
Pausado rumor
despues en la calle.
La cuerda crujió...
Trepaban... « Maldita,
primero soy yo. »
Un hierro relumbra;
un cuerpo cayo;
un charco de sangre
el cuarto inundó.
. . . . . .
. . . . . .
El otro embozado
saltára al balcon.
« ¡Que miro!... Está abierto:
Julia, sí, su voz
escuché.... mi Julia.... »
Violento turbion
con la helada lluvia
su rostro azotó.
Mirando á lo oscuro
sentia pavor.
A fuer de atrevido
entrára. Cubrió
sus pies algo frio.
Tropieza, cayó.
Un grito, uno solo
de rabia lanzó.
De dentro gritaron
á un tiempo... « Ladron. »
El bulto tremendo
de inmenso grandor
se asoma, maldice,
saltó del balcon.
¡Jesus y mil veces
que trueno que dió!
. . . . . .
. . . . . .
Un reo de muerte
anuncia el pregon;
inmenso gentío
la plaza ocupó;
relumbran los sables,
se escucha el clamor
del agonizante
que grita « perdon. »
El reo camina;
ni el bozo cubrió
su labio entreabierto
que implora á su Dios.
Retumba el tablado,
un gozne crujio:
un grito espantoso
que la gente dió
anuncia que ha muerto.
Gigante un hombron
sonrie al verdugo
con gesto feroz.
« Asi pasa el mundo
yo la hice, el pagó. »
Dijo, y se perdiera
en la confusion.

Gregorio Romero y Larrañaga.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1840.